

Los padres de estos chicos, que hoy se manifiestan en la Moncloa bajo un cielo lluvioso, descubrieron hace quince años la estética del sol. Parece que fue ayer. La Universidad era un campo de batalla. Por la ventana del aula de Ética salían disparadas tazas de water contra los jinetes de Policía; en el vestíbulo de la Facultad había un retén de metralletas desayunando con los bedeles; algún catedrático impartía una lección magistral de metafísica o de anatomía patológica encañonado por detrás, como en una escena del Oeste; el apaleamiento bajo los falsos plátanos era un acto académico tan usual, que ya no te dignabas volver la cara. Normalmente llegabas a casa un poco tarde; la sopa del almuerzo ya estaba bendecida; llegabas de clase con el cogote ensangrentado como un soldado que regresa de Brunete, y tu padre, tal vez hoy diputado de UCD, al vertedescalabrado, pero no muerto, caía de rodillas sobre la vertical de la alfombra y entraba en un éxtasis de acción de gracias antes de que la muchacha sirviera albóndigas de segundo plato.

Hace quince años, para un padre que tuviera su cría en la Universidad no había opción. El hijo le salía guerrero o "hippy". Tú lanzabas tazas de water sobre los caballos desde el aula de Ética o ya estabas adorando el Sol en Ibiza. El descubrimiento de la estética solar, mientras caían hierros en la Ciudad Universitaria, fue un suceso íntimo, una conciencia frente a la perplejidad o una forma de protesta. Tumbarse pasivamente bajo los cascos de la caballería rústica, huir hacia el Sur, poner flores en el engranaje de las máquinas, redescubrir el misterio de una religión agraria y adorar al dios Horus como una fuente de energía espiritual era la lucha desde el otro flanco.

Aquellos hijos hoy son padres, como se dice en los cantares de ciego. Aquellos guerreros o adoradores del Sol, en un idéntico misterio cíclico, también esperan ahora que sus hijos de quince años no caigan en el frente. Todo sigue igual. Sólo ha cambiado el tema de conversación. Entonces

tú llegabas a casa con el cogote ensangrentado o con el pelo hasta la paletilla y barba de Jesucristo y sorprendías que tu padre hablaba de la subida de la Bolsa o del delco del coche. Ahora llega tu hijo de la manifestación y te encuentra hablando de paneles de energía solar.

No hay punto de referencia más sofisticado. Durante la última semana, la gente fina de cuarenta años sólo habla de energía

con sueldo de 200.000 pesetas puedes usar el talante amanerado del desencanto. Pero debes usarlo como guarnición del filete miñón, mientras discurre sobre la superficie del crimen de Cuenca o hablas de energía solar.

Sería de muy mal gusto, algo horrible para tí, plantear la prohibición de la película como una actitud frente al tema de la tortura o como una visión modernizada de los hábitos perennes de la

LOS HIJOS DE AQUELLOS ESTUDIANTES

MANUEL VICENT

solar o del crimen de Cuenca. Es lo último que se lleva en materia de estética. En las tertulias de cierta altura se suele hacer una breve alusión al Estatuto del Trabajador, para no perder pie; sólo un leve toque, sin dejar que la cosa huelga a sebo; pero está ya muy mal visto aludir a Jomeini o insinuar la posibilidad de una tercera guerra mundial. Lo que se lleva es el crimen de Cuenca y el supremo alarde consiste en haber visto en pase privado la película de Pilar Miró que ha prohibido la democracia. Las coplas de Esteso en pliegos de cordel y su correspondencia con el sumario del caso Grimaldos han sacado a la modernidad, desde el fondo de 1910, el asunto de la tortura para poner a prueba los palos del sombrero. Se ha visto lo débil de esta empalizada, de modo que la gente fina, los del desencanto democrático, sonríen con un pliego de conejo en la comisura en plan displicente.

Para moverse elegantemente en sociedad hay que hilar muy fino. Esta es una breve guía, en tres consejos, para no hacer el ridículo. Si eres un gran empresario, debes mostrarte paranoico, sutilmente esquizofrénico ante la tentación de ampliar el capital de la fábrica o gastarte la nómina de la paga de Navidad en el casino de Burundi. Si eres obrero, tienes el deber de estar cabreado y blasfemar rudamente en público. Sólo si eres un intelectual instalado o un ejecutivo

tratar de paneles solares como una alternativa a la crisis del petróleo. Sólo los horteras podrían hablar así. En los restaurantes caros, en las tertulias de altura, en las reuniones donde se utiliza un lenguaje cifrado que acuña el marbete del mole, el crimen de Cuenca se toca sólo como una cuestión académica y se habla de energía solar sólo como negocio para forrarse a corto plazo. No digas jamás en voz alta que la Policía sigue torturando como en 1910 o que sigue disparando contra los manifestantes como en los tiempos de Franco, ni que Jomeini nos va a devolver a la civilización del brasero de picón y que la única salida consiste en lanzarse a la calle para protestar o que hay que descubrir nuevas fuentes de energía para salvar a Occidente.

Esta semana ha habido estudiantes muertos en el asfalto. Los del desencanto democrático, tan alambicados y sutiles, han tenido que rumiarse el filete miñón o la lubina con una desolación sofisticada. Lo último que se lleva es mostrarse abatido, darle a la conversación un aire de fatalidad, sentirse implicado impunemente en un misterio cíclico. Matan a dos estudiantes. Ya no hay remedio. El petróleo, dentro de poco, se comprará en las farmacias o lo administrarán los curas sólo en la extremaunción. Esta es una magnífica ocasión para forrarse. En la cena de matrimo-

nios desencantados del viernes sólo se hablaba de eso, de muertes fatales, de escasez perentoria, de viejos métodos de represión, del fantasma del crimen de Cuenca, pero todo dentro del rito del eterno retorno.

En la cena había un abogado de éxito, un ingeniero industrial colocado, un director comercial y un ejecutivo en crisis. Todos con un lustre cuarentón en las patillas. Hace quince años, unos habían sido guerreros en la Universidad franquista, otros fueron pioneros adoradores del Sol religioso que alumbró en la década de los sesenta los primeros cementerios de envases y enseres del consumo. Unos habían arrojado tazas de retrete desde una ventana de la Facultad sobre los caballos de la Policía, otros se habían largado al mediodía a tocar el caramillo bajo las palmeras. Ahora estos padres, como se dice en las coplas de ciego, tienen hijos que se manifiestan en la calle bajo un cruzado de porras y tiros policíacos como antaño u ofician de "hippies" retardados y están en los naranjales de Valencia cosechando fruta para subsistir; viven en comunas agrarias, rodeados de ondas y vibraciones esotéricas en medio de los campesinos, formando una nueva orden de neófitos mendicantes.

En la conversación de sobremesa estos distinguidos matrimonios, que representan el modelo más exquisito del desencanto democrático, matizaban con gran sutileza sus traumas. Alguno esperaba encontrar a su hijo en el depósito de cadáveres, pero la neura le forzaba a hablar académicamente del crimen de Cuenca como una salida freudiana. Alguno había adorado al Sol en su día desinteresadamente y ahora elucubaba la forma de someter a ese dios y convertirlo en panel de energía. Todo muy elaborado. Estudiantes muertos, pasotas agrarios, el mismo ciclo se repite. Los hijos de quince años reconquistan una vieja posición, mientras los padres cenan con la neura puesta, cortando el filete miñón con un desencanto demasiado sutil. El crimen de Cuenca y los paneles de energía solar son una perfecta escapatoria. ■